

De cómo poner el cuerpo: cuerpos, mercado y escritura en *La novela del cuerpo*, de Rafael Courtoisie

176



Jesús Montoya Juárez¹

Universidad de Murcia

¹ Doctor en Literatura por la Universidad de Granada, Programa de Estudios Superiores en Literatura Española. Profesor Asociado del Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Universidad de Murcia. E-mail: jesusmontoya@um.es

Introducción

Rafael Courtoisie (Montevideo, 1958) es uno de los autores más relevantes de su generación, no ya como poeta: también es uno de los más originales y señeros narradores de su país. *Vida de perro* (1997), *Caras extrañas* (2001), *Tajos* (1999), *Goma de mascar* (2008), *Santo remedio* (2006) o *El ombligo del cielo* (2014), entre sus producciones más extensas; y la llamada “Trilogía de los mares” [*El Mar interior* (1990), *El Mar rojo* (1991) y *El Mar de la tranquilidad* (1995)], *Cadáveres exquisitos* (1995), *Sabores del país* (2006) o *Vida y milagros* (2006), algunos de sus más conocidos volúmenes de narraciones breves, dan cuenta de un estilo cinematográfico o, más bien, televisivo de narrar que cuida sobremanera la palabra poética. Los relatos híbridos de Courtoisie, entre la poesía, la narrativa y el ensayo, progresan a partir de la concatenación de escenas o fragmentos llenos de lirismo. En muchos casos, tiempo y espacio narrativos se desdibujan, resultando marca de la casa la irrupción de diálogos aparentemente aislados de una trama, digamos, convencional. Una de sus últimas novelas, *La novela del cuerpo* (2015), distopía sobre la que reflexionaremos en este artículo, no es una excepción en ese sentido.

En las páginas que siguen pretendo hacer una lectura de cuál es la intervención que esta novela de Courtoisie hace en un debate muy interesante en curso, como es el de las transformaciones aceleradas que la tecnología y la ciencia acarrearán en la psique humana, transformaciones que están en el centro de la cuestión sobre lo posthumano. ¿Qué sentido tiene plantear una novela hoy con el cuerpo como protagonista? ¿Qué clase de cuerpos son los que hablan en la novela? ¿Qué productividad política tiene el cuerpo en la novela de Courtoisie? Para leer esta intervención, en primer lugar, consignaré algunas preguntas que el debate sobre lo posthumano pone encima de la mesa para después leer cómo la novela incide sobre ellas y puede situarse en el campo que esas preguntas establecen.

Metáforas productivas para leer lo “posthumano”

La bibliografía teórica ha empleado el término “posthumano” tanto para referir la serie de metáforas que permiten comprender las identidades híbridas que surgen de la interacción cotidiana con un entorno tecnológico², como también el horizonte futuro en que, cuando la tecnología y las condiciones sociales lo permitan, el hombre será capaz de abandonar su actual corporeidad y su conciencia será susceptible de transferirse a un soporte diferente³.

Los teóricos clásicos de lo posthumano proyectan una visión utópica de la hibridez tecnológica. Por ejemplo, en las teorías ciberfeministas de Haraway o Hayles, lo posthumano -y su excrecencia simbólica, el cuerpo *cyborg*- habilita una potencial superación del sujeto liberal patriarcal destinado a controlar la naturaleza⁴. En un mismo sentido, teóricos de la cibersociedad, como Nick Bostrom, han imaginado posibilidades utópicas para un horizonte posthumano abierto ahora como posibilidad efectiva futura. Dicho horizonte haría posible que los cuerpos y las mentes no estén necesariamente conectados, o estarlo, en un sentido tecnológico, de manera que la mente, el cuerpo y la máquina articularían una nueva forma de entender lo humano más allá del idealismo dualista que concebía alma y cuerpo fusionados de modo

2 Así, Haraway: “(...) the cyborg appears in the myth precisely where the boundary between human and animal is transgressed. Far from signaling a walling off of people from other living beings, cyborgs signal disturbingly and pleasurably tight coupling” (HARAWAY, 1991, p. 152); o Hayles, para quien lo posthumano refiere tanto a entidades donde la carne humana se hibrida materialmente con la tecnología como también a configuraciones de la subjetividad humana articulada en simbiosis con las máquinas llamadas “inteligentes”. En ambos casos, el horizonte posthumano no atiende a diferencias entre “bodily existence and computer simulation, cybernetic mechanism and biological organism, robot teleology and human goals”. (HAYLES, 1999, p. 3)

3 Autores como Bostrom entienden lo posthumano como algo físico y no metafórico, y prefieren el término “transhuman” para este tipo de construcciones identitarias, que desde su punto de vista prefiguran la existencia futura de lo posthumano. Para Bostrom el posthumanismo devendrá un hecho en el momento en que la tecnología haga posible el abandono del cuerpo en sistemas de recuperación o migración de la conciencia (BOSTROM, 2003). Bostrom defiende el potencial utópico tanto de lo posthumano como estadio futuro del desarrollo de la humanidad como también de las posibles identidades “trans” y “posthumanas”, frente a otras posibilidades futuras apocalípticas.

4 In this account, emergence replaces teleology/ reflexive epistemology replaces objectivism; distributed cognition replaces autonomous will; embodiment replaces a body seen as a support system for the mind; and a dynamic partnership between humans and intelligent machines replaces the liberal humanist subject’s manifest destiny to dominate and control nature. (HAYLES, 1999, p. 288)

indisoluble. Así, la superación de los límites corporales resolvería, a decir de Bostrom, el problema de nuestra dependencia de la Naturaleza, disolviendo la distopía ecológica hacia la que caminamos, al hacernos, quizás, inmunes a sus efectos. No obstante, menos optimistas son los planteamientos de Andy Clark, que tras enumerar los beneficios del nuevo estatuto posthumano, admite la dificultad de predecir el impacto social y personal de la hibridación bioelectrónica (p. 118). Otro tipo de simbiosis, no invasivas, reversibles, de interacción con un entorno tecnológico, permitirían salvaguardar la conciencia de los que Clark llama “Natural-Born Cyborgs”, esto es, todos nosotros. La propia Katherine Hayles señala que la misma idea de lo posthumano es postconsciente, inevitablemente, ese es su horizonte último, y añade que experimentar la crisis de esa consciencia, asociada a la corporeidad, como pérdida, supone aferrarnos a ideologías respecto del *self* que encumbraron al sujeto liberal de la modernidad, un sujeto difícilmente sostenible en el umbral del siglo XXI. En cualquier caso, esta idea de posthumanización como tendencia en los seres humanos vuelve evidente algo característico de la propia relación que los individuos tienen con los cuerpos en todo momento histórico, algo que subrayaba ya el sociólogo Bryan Turner:

(...) cada época (...), por la que el Hombre transforma la naturaleza con la tecnología, es también un periodo en que la naturaleza del Hombre se transforma. (...) cada periodo da lugar a (...) un nuevo cuerpo. (1994, p. 21)

Así, se entiende lo que afirmaba Haraway “el *cyborg* es nuestra ontología; nos otorga nuestra política. El *cyborg* es una imagen condensada tanto de la imaginación como de la realidad material, los dos centros unidos estructurando cualquier posibilidad de transformación histórica” (1984); algo que, en un mismo sentido, también nos recuerda Naief Yehya: la conceptualización del *cyborg* en cada momento histórico dependerá de dónde ubiquemos “la frontera entre el ser y la herramienta, entre el uso de un objeto y su integración al cuerpo del usuario, entre la prótesis y el individuo, y entre la naturaleza y la tecnología” (2012).

Sin embargo, para que el *cyborg* sea deseable, ha señalado Haraway, debe haber una toma de conciencia por parte del sujeto de su propia transformación. La imagen de un *cyborg* como hombre mejorado

en sus facultades sólo contendrá potencial utópico si es capaz de superar los binarismos sujeto/objeto, masculino/femenino, amo/siervo, conservando la existencia del sujeto, integrándolo o hibridándolo en una nueva realidad, en una conciencia superior desdiferenciadora entre lo biológico y lo que no lo es. De lo contrario, del sueño de la razón surgirán los monstruos y la literatura y el cine de ciencia ficción son un buen muestrario de ellos, desde *Frankenstein* a *Neuromancer*.

Incluso, aunque no interpretemos como *anti-* ese *post-* de posthumano, las preguntas a resolver son muchas. Entre ellas, como apunta Yehya, está qué hacer con la lucha de clases; porque ¿qué sectores controlarán a fin de cuentas el proceso de devenir posthumanos, o lo controlan, en cada momento histórico? Acá quizás sea pertinente recordar con Foucault que “el control de la sociedad sobre los individuos no se ejerce solamente a través de la conciencia o la ideología, también se ejerce en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, lo más importante es la biopolítica, lo biológico, lo somático, lo corporal” (1996, p. 87). O, si se prefiere, recordar cómo Jean François Lyotard actualizaba las ideas de Karl Marx -que estaba pensando en la máquina herramienta- al advertir que el capitalismo no es sino una máquina que encadena al hombre tras ella deshumanizando al individuo para rehumanizarlo en otro nivel de capacidad normativa (LYOTARD, 1998), y llevándolo, en el peor de los casos, a la categoría de lo inhumano. Lo inhumano es, así, una categoría que, si salimos de los estudios culturales más posmodernos y nos acercamos a la sociología dura, se prefiere para describir las consecuencias del sistema de producción capitalista. Leído desde otra metáfora que la cultura global hoy provee para pensar nuestra relación con los cuerpos (el zombi), los reclamos del posthumanismo se vuelven distópicos. Como han señalado Lauro y Embry, en actitud polémica con los postulados posthumanistas, el *zombi* hace estallar esos mismos binarismos, sin la propuesta de un nuevo horizonte, sino como pura negatividad, volviéndonos conscientes de de lo atados que estamos a la fragilidad de nuestros cuerpos. Vueltos definitivamente zombis, devendríamos quizás en posthumanos, o tal vez en no-humanos, pero ¿no dejaríamos de ser sujetos?⁵

5 “Humanity defines itself by its individual consciousness and its personal agency: to be a body without a mind is to be subhuman, animal; to be a human without agency is to be a prisoner, a slave. The zombi(i)/e is both of these, and the zombi(i)/e (fore)tells our past, present, and

Estas preguntas son una y otra vez planteadas por la narrativa reciente en América Latina y España, una narrativa que en este siglo XXI se viene llenando de *cyborgs*, ya sea formulando sujetos híbridos en contextos de ciencia ficción, ya sea construyendo subjetividades condicionadas en su afectividad o en su percepción de la realidad por la tecnología. Pero, en estos *ciborgs* -literales o metafóricos- que aparecen en un creciente corpus de textos, encontramos, junto a Andrew Brown, un “profoundly human posthuman” (2010, p. 175). En efecto, en la conceptualización literaria latinoamericana de lo posthumano, alejada mayoritariamente de planteamientos utópicos, la virtualización de la experiencia y el desarrollo de una identidad híbrida se experimentan, en líneas generales, como una pérdida; ahora bien, esta pérdida no viene acompañada de un duelo nostálgico, como ocurría en la narrativa moderna y tardomoderna: a mi modo de ver, la nostalgia no es la emoción primaria que transmiten narraciones como la de Rafael Courtoisie, que analizamos, como tampoco las de otros autores de los que me he venido ocupando, como Jorge Carrión, Santiago Roncagliolo, Edmundo Paz Soldán, Mercedes Cebrián, Agustín Fernández-Mallo, Vicente Luis Mora, Javier Moreno, Ramiro Sanchiz, Gabriel Peveroni, Rodrigo Hasbún, Pola Oloixarac, Bruno Petroni, Mike Wilson o Alejandro Zambra, entre otros⁶. Si bien es verdad que el cuerpo -el viejo depositario de la individuación y la conciencia- puede aparecer como un residuo o vestigio obsoleto en el proceso de posthumanización e interconexión en red en que estamos inmersos, su presencia en muchos de estos textos expresa más que una nostalgia, un malestar clave de nuestra época. En el tratamiento de lo posthumano que leemos frecuentemente en las literaturas hispánicas de este siglo, el cuerpo deviene en una metáfora que denuncia aquello que no pudo ser integrado al tiempo eucrónico del capitalismo tecnológico. Los cuerpos *cyborg* en la narrativa reciente subrayan su carácter defectuoso u obsoleto; su presencia expone críticamente las consecuencias que las políticas neoliberales generan en la subjetividad. Novelas como esta, *La novela del cuerpo* (2015), de Rafael Courtoisie, invitan a pensar qué ha pasado con lo humano una vez se ha descascarado el brillo posmoderno de las promesas de emancipación, que habían venido de la mano de la tecnología en los últimos años.

future”. (LAURO; EMBRY, 2008, p. 90)

⁶ Véanse a este propósito mis ensayos “Globalización y tecnología o el (otro) fin de la nostalgia” (2014); “Subjetividades posthumanas y arqueologías del presente” (2015), o “Hacia una arqueología del presente: cultura material, tecnología y obsolescencia” (2016).

Cuerpo y mercado: a propósito de *La novela del cuerpo*, de Rafael Courtoisie

En sus narraciones extensas, el lirismo de Courtoisie nos lleva de la mano desde la atención obsesiva a la materialidad lingüística del texto a la hondura de una reflexión, ora ácida, ora melancólica, ora irónica; y a la inversa, de ese expresar las posibilidades de la palabra a una acción hiperacelerada narrada de acuerdo con una estética a medio camino entre el cómic, el teatro del absurdo, lo carnavalesco o el humor negro. Particularmente esto ocurre en *La novela del cuerpo*, donde Courtoisie bosqueja mínimamente a sus personajes, voces narrativas funcionales a la reflexión poética. El desarrollo de sus conflictos se supedita a la búsqueda de las asociaciones líricas, sensoriales, oximorónicas, disparadas por la presencia de las palabras sobre las que Courtoisie trabaja con extraordinaria tenacidad:

Falta la moña roja y la etiqueta de Tienda Inglesa o del Corte Inglés o de Harrods o de Zara.

La piel envuelve el cuerpo para regalo.

Lo que se ve es la parte de afuera. Lo que se advierte es aquello que envuelve la piel, como una buena mentira.

El cuerpo está dentro.

Menudo regalo, repleto de órganos que bombean, segregan, regulan, acomodan, digieren, producen, salvan, ahogan, se inflan, se desinflan, se contraen, se expanden, hacen ruidos, gorgoritos, treman, tiemblan, cantan una canción encerrada, oculta bajo la piel. (p. 107)

Courtoisie ha declarado en entrevistas, a propósito de esta novela, que quiso escribir sobre un único personaje, aquello común que, como señala el narrador, nos hace humanos “el cuerpo, la vida” (p. 63). Así, esta obra puede pensarse, en primer lugar, como la escritura de la ontología del cuerpo en nuestra época. La novela emplea el esqueleto de la ciencia ficción: la inexistente compañía multinacional “Mercado del Cuerpo Inc.” sitúa esta novela atípica en el interior de dicho marco genérico. El negocio de la Multinacional es servir órganos y prótesis tanto artificiales como “naturales”, esto es, sintéticos, transplantados de otros cuerpos o clonados a partir de células humanas y de otros animales. Sin embargo, Courtoisie elude la minuciosa construcción de un mundo, frustrando una de las expectativas del género. A la vez, debilita sobremedida la proyección al futuro, ubicándonos en un contexto de posibilidades tecnológicas perfectamente asequibles a

nuestro tiempo. Si acaso la novela bordea el contexto de lo posible hoy día, lo hace por el lado de la hipérbole o el sentido del humor. En cualquier caso, con una extraordinaria economía de medios, el autor nos hace imaginar una sociedad donde se naturaliza la condición de lo que Clark llamó “*Natural-Born Cyborgs*”. Los usuarios del Mercado del Cuerpo exigen de manera irreflexiva cambios, a menudo grotescos, en su anatomía para ser aceptados de acuerdo a cánones de una belleza teratológica: “A mí me importa un carajo que ellas gocen o no. Quiero que se impresionen. Quiero que me vean salir del baño desnudo y, ya en medio de la habitación, se asusten y digan “ah” (pp. 38-9). Acuden a esta Empresa la mayoría de veces guiados por una ansiedad y hedonismo extremos que los identifican como especie, llevándolos incluso a despreciar la vida al participar lúdicamente en torneos suicidas. En estos torneos, jóvenes subidos a coches o motos importadas se retan frente a frente por ver quién evita un choque frontal. Unos enfrentamientos, con público, que generan, además, su propia versión de la cultura popular rioplatense:

Así dice la vieja canción del siglo pasado, la canción revolucionista, tendenciosa, obtusa. Hay que modificarla, *aggiornarla*, adaptarla a estos tiempos:

“Fiat negro, Fiat negro

Fiat negro, te lo advierto:

No se rinde un Fiat rojo

Solo cuando ya está muerto.”

Rrrrrmmmmmm, rrrrrmmmmmm, rrrrrrrmmmm-
mmmmmmmm.

Paf, paf, paf. Rummm. Paf. Rrrrrmmmm. Paf, paf. (p. 28)

La novela de Courtoisie deviene, en ese sentido, en una arqueología (MONTROYA JUÁREZ, 2014) que visualiza los restos materiales de nuestro presente -globalizado, neoliberal, atravesado por un cambio tecnológico exponencial-, comenzando por el más obscuro: el cuerpo. Todos los personajes de la novela (compradores y vendedores, proveedores y consumidores) tratan los cuerpos como una mera mercancía ajena por completo al *self*, un objeto manipulable, vulgar, hecho de piezas ensamblables (y, frecuentemente, de baja calidad), bien sintéticas, bien naturales. Piezas, además, de diverso precio, con objeto de adaptarse a todos los bolsillos. En la novela, los consumidores son también proveedores. Los muertos en los torneos citados son reciclados como materia prima para nuevas prótesis, en un ciclo donde el otro gran protagonista es el dinero: “Como ve, son solamente \$ 50.000

(...) el juego de huesecillos del oído” (COURTOISIE, 2015, p. 84); “al que logró obtener un muerto fresco, los funcionarios de Mercado del Cuerpo Inc. le dan unos dos mil pesos, equivalente en el cambio actual en este país subdesarrollado con ínfulas consumistas de Primer Mundo, a unos cien dólares” (p. 23). Así, como apunta el elocuente nombre de la Multinacional de la propia novela, mercado y cuerpo aparecen ligados en una relación oximorónica y reversible. Mercado y cuerpo, cuerpo y mercado definen en la novela la ontología humana, por eso, significativamente, la escasa acción se narra eficazmente como una sucesión de transacciones comerciales:

—¿Cuánto por este brazo?
—Setenta y ocho pesos.
—¿Y ese riñón?
—Quinientos pesos.
—¿Y esa vagina?
—Veinte pesos. Está usada. Muy usada. Yo que usted, no la llevaría. (p. 9)

Como señalamos antes, los personajes de Courtoisie visibilizarían la condición contemporánea de los “natural born cyborgs” de Clark, aunque yendo más lejos, pues la disociación entre corporeidad y subjetividad se vuelve absoluta en un momento dado, cuando afecta *inclusive* al cerebro, que pierde su tradicional condición de receptáculo o contenedor de la individuación. No se trata aquí del planteamiento de una subjetividad en red, que puede leerse en las formulaciones de lo posthumano de autores como Foster, sino una consideración negativa de esos *cyborgs* metafóricos que nos hacen pensar, entonces, en zombis. Faltos por completo de autonomía, algunos personajes directamente optan por una solución absurda que se revela paradójicamente como la más sencilla de acuerdo a la tecnología futura de la que se dispone. Muchas escenas de la novela se narran aparentemente como un chiste, pero la sonrisa se congela inmediatamente en el rostro: el “Mercado del Cuerpo Inc.”, precisamente, es una consecuencia lógica de la violencia que el poder capitalista genera masivamente con cada movimiento, con cada transacción. Uno piensa de inmediato en *La corrosión del carácter*, de Richard Sennet, cuando asiste a cómo en la novela se resuelven, con la solicitud de un cambio de cerebro, por ejemplo, los conflictos que provoca la deslocalización del trabajo en la psicología del individuo, forzado sincronizar su vida cotidiana a plazos y lugares que no desea, de acuerdo con una velocidad instantánea que sólo puede seguir de manera imperfecta:

—¿Cerebros tiene?
 —Pocos. Hay escasez. ¿Qué tipo de cerebro busca?
 —Quiero aprender chino rápido. Necesito hablar chino fluidamente, en menos de un mes. La empresa me envía a China. Tengo que saber mandarín... y soy un tronco para los idiomas, una verdadera bestia, apenas hablo español, no me gusta leer, escribo con faltas de ortografía. Soy un burro.
 —Pero al cambiar de cerebro también cambiarán otros aspectos de su personalidad. Algunos recuerdos y estructuras se transfieren, pero no todos. Puede alterarse su comportamiento basal, su forma de ser. En el trasplante pueden perderse unos cuantos recuerdos...
 —No me importa. No tengo demasiadas cosas buenas que recordar... mi vida ha sido... ¿cómo decirle?... una mierda. (pp.114-5)

En muchos relatos de Courtoisie, los paisajes narrativos devienen globales. Sin embargo, también es marca de la casa el gesto de anudar la trama, sutilmente, a la historia política uruguaya o, acaso, a las transformaciones que esta historia produjo en la intimidad de sus personajes. Una vez más, esto mismo puede afirmarse de *La novela del cuerpo*. El segundo fragmento del “Capítulo uno” vincula el motivo central de la novela -ese disparatado tráfico global de prótesis y órganos que parodia fórmulas típicas de la ciencia ficción- con prácticas de tortura que se remontan a la Colonia, o con otros episodios previos del relato de la violencia escrito en la piel de la Historia. De esa manera, la novela invoca inesperadamente la historia nacional como elemento con el que asociar determinadas interpretaciones. Los cuerpos en la novela están marcados doblemente como residuos. Primero, en tanto resultan la materia prima para la mercancía procesada por la Multinacional. Segundo, también, y a ello contribuyen las referencias históricas citadas, en tanto quedan enclavados en una tradición cultural signada por la violencia y en un origen periférico en el mapa de la globalización:

Las mujeres aborígenes pelaron las partes de Juan Días de Solís. Primero tiraron de los miembros, lo descuartizaron como más tarde, mucho más tarde, harían las autoridades españolas con el peruano Gabriel Condorcanqui, alias Túpac Amaru. Luego las autoridades españolas llamarían, por apócope y desplazamiento semántico, *tupamaros* a todos aquellos insumisos (...) Y mucho más tarde, en Uruguay, un grupo iluminado, tomando este antecedente que gratis le ofrecía la historia del continente, se autodenominaría “Tupamaros” o, más exactamente: “Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros”. Serían comandados por un procurador

de vocación y origen campero, algo chúcaro, llamado Raúl Sendic, y finalmente derrotados en forma absoluta por el Ejército, muertos, reclusos, supliciados. Los sobrevivientes saldrían años más tarde a la calle, liberados por una amnistía discutida en su tiempo, pero real. En el momento de escribir este texto están en el gobierno gracias a elecciones libres, democrática y limpiamente elegidos. Pero solo los sobrevivientes. Los muertos no pueden gobernar. (p. 11)

Como ha señalado Ramiro Sanchiz (2015), *La novela del cuerpo* está próxima a la novela de tesis, siendo frecuente que este género se haya refugiado en la ciencia-ficción. Pues bien: una de las tesis de la novela -entonces- podría ser de orden aristotélico, la afirmación de que no hay alma sin cuerpo y de que esa unidad es la categoría que nos permite articular una posible idea de lo humano, permitiéndonos “inclusive” pensar:

Existen varias clases de pensamiento, pero dos de esas diversas clases son: el pensamiento “puro”, digamos, espiritual; y el pensamiento “corporal” que, por supuesto, también es puro, pero de una pureza contraria, la pureza que otorga la materia a los seres animados, la pureza del sudor, del perfume de la piel, la pureza muscular del golpe y la pureza del fluir y fluir del los ríos ocultos de la sangre. (pp. 94-5)

El cuerpo, en la novela, resulta, en este sentido, la metáfora que nos habla del modo en que se produce, una vez más, la reificación de la subjetividad en nuestro tiempo y el discurso poético del narrador, a contrapelo de sus personajes, pugna por dignificar lo que el mercado banaliza:

Atención: el cuerpo no es un objeto ni un sujeto. Es una unidad.

La unidad tiene partes, pero cada parte del cuerpo alcanza sentido en función de la unidad.

En realidad no es la cárcel del alma: el cuerpo es el alma. El alma de sí mismo. El alma es indiscernible, no puede separarse del cuerpo, como no puede quitarse el peso del interior de una piedra.

El alma es la densidad del cuerpo, y su peso.

El alma es el uso del cuerpo, su costumbre de ser, su patrimonio. (p. 73)

En un horizonte cultural en que se cuestiona de modo radical el nexo entre individuo y corporeidad, Rafael Courtoisie escribe una novela como esta, plagada de cuerpos -o subjetividades- *cyborg*,

defectuosos, inestables, mercantilizados y desposeídos, que se quieren un paradójico residuo depositario de lo humano. Su presencia grotesca, ridícula o tragicómica nos recuerda, no obstante, nuestra propia condición; visibiliza ese otro maltratado que somos nosotros mismos, el resto no asimilable que distorsiona la legibilidad de la utopía fuerte del capitalismo posthumanista.

Cierre: “poner el cuerpo”

La novela no olvida, como no olvidan Hardt y Negri, que “los grandes poderes industriales y financieros producen”, entonces, no sólo mercancías, sino también “subjektividades que a su vez son agentes dentro del contexto político; producen necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes, lo que equivale a decir que producen productores” (HARDT; NEGRI, 2006, p. 53). De acuerdo a estos autores, el desarrollo de redes de comunicación tiene una relación orgánica con el advenimiento del nuevo orden mundial que ellas mismas describen (p. 53). Más allá de los argumentos optimistas de ciertos teóricos de la comunicación que daban la bienvenida a una sociedad transparente, creativa o de prosumidores -pienso en Vattimo, Manovich, Ritzer y Jurgenson, o en Bourriaud-; más allá de sus análisis certeros, no obstante, de cambios culturales acontecidos gracias a la democratización implícita en el modelo rizomático o, más modernamente, radicante, de las redes, lo cierto es que se extiende también una forma sutil de patología global, que es, a la vez, una forma sutil de dominación, control y conversión involuntaria de la subjetividad en mercancía con una penetración que hasta ahora no era imaginable.

Habría que preguntarse, y cada vez más novelas latinoamericanas de ciencia ficción, como esta de Rafael Courtoisie, invitan a hacerlo, cuáles son las discontinuidades o puntos de fuga en el proceso de expansión del nuevo orden mundial como consecuencia del ejercicio del biopoder de esta etapa del capitalismo informacional, en que nos movemos desde hace varias décadas, discontinuidades que permitan redimir el cuerpo en su materialidad, dignificándolo. La pregunta que se desprende del vínculo que esta novela hace entre mercado y cuerpos es, para formularla con Yehya, “¿Qué será de aquellos que queden del otro lado del abismo tecnoeconómico de esta evolución?” (2012). Dicho de otro modo, ¿qué ocurrirá con los perdedores de la

globalización tecnológica? Desde este horizonte me parece interesante leer *La novela del cuerpo*. En efecto, cuando se ha vivido ya la crisis de toda representación; cuando la política se ha convertido en videopolítica, y el Estado, en un contenedor y regulador de los flujos de capital y mano de obra, es decir, un mero aplicador de las políticas neoliberales que tienen por objeto someter a sus sociedades a designios económicos globales deshumanizadores -como apunta la socióloga Vania Markarián a propósito de los movimientos sociales de 1968 en Uruguay (ideas que, creo, hoy son vigentes)-, llega de nuevo el momento de “poner el cuerpo”, esto es, de recuperarlo como agente político. Llegó la hora, pues, de reconciliarnos, lejos de visiones apocalípticas, con esos cuerpos que hoy, o en un futuro próximo, quizás tengan extensiones tecnológicas nuevas. Tal vez en ese sentido político podemos leer la identificación que en la novela se hace de mercado y cuerpos, primero, y de cuerpo y escritura, después, esto último en alguno de sus fragmentos líricos más memorables:

El cuerpo está hecho de palabras cuyo sonido, en la noche, se parece a la humedad y a la fiebre.

El cuerpo está hecho de palabras cuyo sonido, en el día, se parece a la composición de la música.

El cuerpo es siempre una manera, una forma de decir las cosas.

El cuerpo en sí, el cuerpo mismo, lo que está dentro de la palabra *cuerpo*, no se puede nombrar.

Si se nombra, duele.

Si se nombra, da calambres, el músculo del pensamiento, y el músculo de la lengua que lo dice, se acalambran. (p. 104)

Por todo lo que vengo señalando, me parece que *La novela del cuerpo* dialoga bastante bien con planteamientos como los del humanismo tecnológico de críticos como José Luis Molinuevo, quien aboga tanto por abandonar determinadas “morales de la autenticidad” humana, por obsoletas, como por abandonar, también, la utopía fuerte que emerge de determinados planteamientos posthumanistas: “no es el humanismo utópico de corte idealista (...) de tradición platónica, sino un humanismo latino del límite (...) (consistente) en extraer las posibilidades del aquí y ahora (...)” y que implica “frente a los que afirman que el cuerpo está obsoleto, reivindicarlo, no sólo desde la salud, sino desde la enfermedad”; revisando, también, de paso, “la tradición de la sospecha paranoica de las imágenes para construir una nueva sospecha desde el pensamiento en imágenes” (2004, p. 179).

Así, la novela de Courtoisie deviene política; propone lecturas que reflexionan sobre el valor de uso y el valor de cambio de los cuerpos en nuestra época; rescata los cuerpos como residuos problemáticos que dificultan creer en la utopía del capitalismo tecnológico vigente, y encuentra, en ese poner un cuerpo “hecho de palabras” (COURTOISIE, 2015, p. 104), una metáfora válida para pensar la literatura deseable en este siglo XXI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOSTROM, Nick. "Transhumanism FAQ. V. 2.1" (2003). Disponible en: <www.transhumanism.org/resources/FAQv21.pdf>.

BROWN, Andrew. *Cyborgs in Latin America*. New York: Palgrave McMillan, 2010.

CLARK, Andy. *Natural Born Cyborgs: Minds, Technologies and the Future of Human Intelligence*. Oxford University Press, 2003.

COURTOISIE, Rafael. *La novela del cuerpo*. Montevideo: HUM, 2014.

FOSTER, Thomas. *The Souls of Cyberfolk: Posthumanism as Vernacular Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2005.

FOUCAULT, Michel. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Altamira, 1996.

HARAWAY, Donna. "Un manifiesto cyborg" (1984). Disponible en: <http://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/beatriz_suarez/ciborg.pdf>.

_____. "A Cyborg Manifesto". En Haraway, D. *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. London: Free Association Books, 1991, pp. 148-181.

HARDT, Michael; NEGRI, Antonio. *Imperio*. Barcelona: Paidós, 2005.

HAYLES, Katherine. *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*. Chicago: University of Chicago Press, 1999.

LAURO, Sarah Juliet y Karen Embry. "A zombie Manifesto: The Nonhuman Condition in the Era of Advanced Capitalism". En *Boundary 2*. 35:1, 2008, pp. 85-108.

LYOTARD, Jean François. "Reescribir la modernidad". En *Lo inhumano, charlas sobre el tiempo*. Buenos Aires: Manantial, 1998, pp. 33-43.

MARKARIÁN, Vania. *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

MOLINUEVO, José Luis. *Humanismo y nuevas tecnologías*. Madrid: Alianza editorial, 2004.

MONTOYA JUÁREZ, Jesús. "Globalización y tecnología o el (otro) fin de la nostalgia: realismo y arqueología como metáforas en la última ficción latinoamericana". En *Pasavento: Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 2, n. 2, 2014, pp. 385-405.

_____. "Subjetividades posthumanas y arqueologías del presente en

la última narrativa en español”. En Noguerol, Francisca, María Ángeles Pérez López y Vega Sánchez Aparicio (eds.). *Letras y bytes: escrituras y nuevas tecnologías*. Hildesheim: Reichemberger, 2015: 119-135.

_____. “Hacia una arqueología del presente: cultura material, tecnología y obsolescencia”. En *Cuadernos de literatura*, vol. 20, n° 40, 2016, pp. 264-281.

SANCHIZ, Ramiro. “La novela del cuerpo, Rafael Courtoisie”. En *Lecturas rasantes* (blog del autor), 2015. Disponible en: <<http://lecturassrasantes.blogspot.com.es/2015/03/la-novela-del-cuerpo-rafaelcourtoisie.html>>.

TURNER, Bryan. “Los avances recientes en la teoría del cuerpo”. En *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas. Monográfico sobre Perspectivas en Sociología del Cuerpo*, 68, 1994, pp. 11-40. Disponible en: <http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_068_04.pdf>.

YEHYA, Naief. “Marionetas tecnológicas y cuerpos modificados dos rutas concurrentes al *cyborg*”. En *Literal: Latin American Voices*, 19, 2012. Disponible en: <<http://literalmagazine.com/marionetas-tecnologicas-y-cuerpos-modificados-dos-rutas-concurrentes-al-cyborg/>>.